



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

### La mesa que anticipa el Reino

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 6, 51-58 (20º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 19 de agosto de 2018)



La lectura del Evangelio de los últimos cuatro domingos nos ha invitado a reflexionar sobre los diferentes aspectos que sugiere la Eucaristía para nuestra vida y la de las comunidades que se van conformando alrededor de la Mesa común de los hermanos. El recorrido es sugerente y nos lleva a profundizar cada vez más, no tanto para tener un conocimiento teológico de la Eucaristía (que también es útil), sino para vivirla y

hacerla nuestra “norma de vida” como discípulos del Maestro Jesús. El primer domingo, con la multiplicación de los panes y los peces, la invitación de Jesús, decíamos, era a construir una cultura de la solidaridad, del compartir y de la austeridad que permitiera que no faltase el pan para nadie e incluso que sobrara para cuando sobreviniese una temporada de precariedad. El segundo domingo nos invitaba a no trabajar solo por el pan material, hay otras “hambres” que deben ser saciadas; el hambre del pan de la verdad, de la justicia, del amor, etc. El tercer domingo, la sugerencia iba hacia el estilo de vida que sugiere la Eucaristía, un estilo que es el de Jesús y que se presenta de manera maravillosa en los gestos del pan entregado, partido y compartido.

En este último domingo dedicado al Evangelio del Pan de Vida, la invitación es a dar un salto grande desde la fe: el pan que nos da Dios, que es Jesús mismo hecho comunión para la vida de la humanidad, tiene como finalidad ofrecernos una modo diferente de vivir en el que la vocación a la eternidad da sentido a lo que somos y hacemos. Somos frágiles y finitos, lo reconocemos, pero más allá de nuestra finitud, reconocemos que estamos **llamados a trascender** el espacio y el tiempo de la historia porque, en Jesús, el Padre Dios nos ha abierto las puertas a una experiencia de vida que no termina pues, en el acontecimiento fundante de la resurrección, el poder de la muerte, del odio, del egoísmo y del desamor ha sido vencido. A esta dimensión de la Eucaristía solo podemos acceder, como lo mencionamos arriba, desde la fe en la resurrección que, como lo afirma San Pablo, es el mensaje fundamental de nuestra fe: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también nuestra fe” (1 Co. 15, 13-14).

La Eucaristía, el don de Dios que tenemos oportunidad de celebrar todos los días, es anticipo de la Mesa del Reino de Jesús, de la Mesa de los que han vencido a la muerte y, vivos en Él, comparten su ser y su vida entregada. Si pudiésemos entrar en la imaginación de Dios y soñar con Él, ¿cómo sería esta Mesa de los amigos del Reino de la vida? Dejadme compartiros algunas de las características que desde mi fe siento:

**Mesa de la unidad en la diversidad.** En esta mesa del Reino la clave es la apertura y la acogida. Todas las razas, lenguas, culturas, condiciones sociales, políticas y económicas dejan de ser causa de separación para acogerse a la invitación de sentarse en la mesa común de los hermanos. La mesa de la inclusión es el icono de la sociedad soñada por Dios, una sociedad reconciliada como resultado del respeto a la diferencia y de la valoración de lo que nos une sin fijarnos tanto en lo que nos separa.

Permitidme un paréntesis. Estoy pasando unos días en Colombia y he podido presenciar todos los actos del relevo en la Presidencia de la República. ¡Ha habido de todo! Desde palabras llenas de insensatez hasta las que apuestan por un futuro mejor para todos. De todo lo que he visto y oído me ha llamado la atención la enorme polarización del país que llena de odio y deseos de revancha amplios sectores de la sociedad. ¿No sería bueno, en aras del bien común, arriar las banderas de los partidos y enarbolar la de todos los colombianos? ¿No sería bueno, siguiendo la enseñanza de la Eucaristía, trabajar por la unidad que es capaz de reconocer la diversidad como una riqueza y un valor y reconstruir entre todos la grandeza de esta patria?

**Mesa de la comunión, la fraternidad y la justicia.** En esta mesa nadie queda sin recibir el “alimento” que necesita para vivir con dignidad. La mesa de la justicia es también icono de la humanidad soñada por Dios, una humanidad donde el pan de la justicia y la dignidad no es privilegio de unos cuantos sino don de Dios para todos. Es esta la única mesa en la que todos, sin excepción, somos bienvenidos y acogidos. Uno de los frutos de la participación en esta mesa es la experiencia de sabernos hermanos e invitados a construir un mundo más fraterno y más humano.

**Mesa del amor.** En esta mesa se respira amor. Cada uno, dejando su propio amor, querer e interés, sale al encuentro del otro a la manera de Jesús: con un amor sin límite, que todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguarda (1 Co. 13). Es la mesa que nos une con el vínculo del amor.

Este sueño podemos hacerlo realidad si vivimos y celebramos la Eucaristía a la manera de Jesús. Hay mucho que hacer y, con la fuerza de Dios, ¡podemos!